

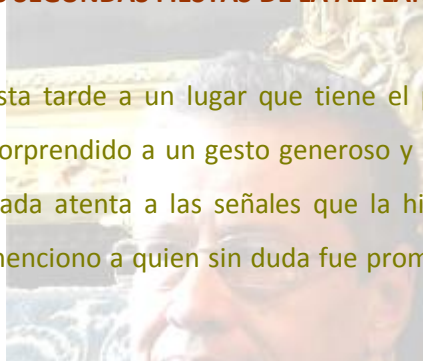


manuel olimón nolasco

historiador

PALABRAS DE RESPUESTA A LA RECEPCIÓN DEL RECONOCIMIENTO EN LAS SEGUNDAS FIESTAS DE LA AZTLANIDAD.¹

Dos motivos me han traído esta tarde a un lugar que tiene el peso ligero de la memoria y la identidad: el agradecimiento sorprendido a un gesto generoso y la conciencia de que este gesto me obliga a seguir con la mirada atenta a las señales que la historia ha dejado en esta tierra bendita. De manera especial menciono a quien sin duda fue promotor de este hecho, don Rafael Díaz Mayorquín.



¹ Con motivo de la entrega de reconocimiento por "sus meritorias aportaciones a la historicidad de México y de Nayarit" en las "Segundas fiestas de la Aztlanidad" organizada por "Ruta Aztlán a Tenochtitlan" y "De Aztlán a Tenochtitlan. Caminando de Nuevo". San Felipe Aztatán, Nayarit, 1 de mayo de 2015.

En el tejido de los siglos, los seres humanos le han dado formas culturales a las experiencias, amigables unas veces preocupantes otras, del contacto con el aire, la tierra, el fuego y el agua. De su relativo dominio--pues nunca completo--se han forjado y forjan las civilizaciones. De la actitud ante esos elementos ha dependido y depende el impulso creativo que lleva adelante el don de la libertad o el miedo paralizante que da pie a la falsa ostentación del poder.

Por ello, al evocar una peregrinación antigua y nueva, no puedo dejar de tejer en forma de palabras, algunas consideraciones sobre la historia y el historiador.

Estamos frente a la evocación de una experiencia humana remota, uno de los tantos caminos que la humanidad ha emprendido, que puede no parecer histórica, pues todavía hay quienes comprenden las tareas del historiador como la búsqueda un tanto neurótica de datos precisos y exactos al modo de una ciencia dura o, peor aún, como la fabricación vana de "héroes" a la medida de vigencias políticas anacrónicas. El "oficio de historiar"--como lo llamó don Luis González y González--es, más que el ejercicio de una ciencia rígida y adusta, la acción paciente y atenta del artesano en su taller o, como la describe de alguna manera el Evangelio, la del padre de familia que saca de su tesoro "cosas viejas y nuevas". Por consiguiente, el historiador trabaja con alegría y se asombra al abrir su espíritu a toda voz. Es capaz de percibir el valor escondido en esas voces que provienen de las realidades *simbólicas* a la manera de quien se encuentra con lo más sabroso de un fruto. Y no de otra manera percibo el ánimo presente en esta celebración de la *aztlanidad*.

Una de las atrofas y uno de los olvidos más dolorosos de la civilización tecnológica que nos invade es la capacidad de leer los símbolos y de salir del *instante* para percibir los ritmos del tiempo y su impacto en la memoria de los pueblos que son a la vez, incentivos de futuro. Nos perdemos desde la fascinante aridez de la electrónica mucho de la calidez y del caudal intenso de las horas y los días como oportunidad de compartir y amar, de reconocer nuestra vocación a la sabiduría. Y una civilización sin sabiduría es una reunión de esqueletos inertes y no de seres vivos portadores de vida.

La sabiduría surge y se comparte a partir de la admiración de las maravillas del cielo y la tierra, de sus flores, de la belleza limpia que no creó la mano humana sino que le precede y alienta, que une a las generaciones con un lazo invisible pero tan real como la sangre. El paraíso deseado, perdido o recobrado es siempre un jardín, un encanto colorido y feliz. Sor Juana Inés de la Cruz, nuestra poetisa trilingüe y por consiguiente "tricultural"--castellana, náhuatl y latina--en un delicioso

poema propone un certamen entre las flores y las estrellas, pues éstas son las flores del cielo y en una línea de elevado aliento define al espíritu humano como dotado de libertad sin límites: "Óyeme con los ojos que están distantes tus oídos".

Pero el hombre, invitado a la sabiduría, no sólo contempla el firmamento o escudriña curioso los destellos del vasto campo del mundo. Interroga sobre todo a su interioridad, a su propio corazón peregrino. Llena de luz su propia vida y como caminante se convierte en antorcha encendida para los demás. En los "Cantares Mexicanos" del Códice Matritense se encuentran estas líneas surgidas en el Anáhuac:

"El sabio: una luz, una tea. Una gruesa tea que no ahúma.

Un espejo horadado, un espejo agujereado por ambos lados.

Suya es la tinta negra y la roja, de él son los códices...Él mismo es escritura y sabiduría".

Esta tarde nos ha convocado el fuego. El fuego nuevo ancestral y el fuego nuevo encendido, teniendo como testigo a la luna llena, la noche de Pascua. Esa luz peregrina que anuncia el alba sin ocaso del triunfo definitivo de la vida sobre la muerte, el felicísimo paso en que el Cordero sacrificado se transforma en el "Pastor que pastorea entre azucenas", el punto en que la muerte como tragedia se transforma en *misterio*, gracias a Aquél que el poeta Paul Claudel definió como "quien vino a arrancar del corazón de Adán el sentimiento de su soledad".

Esta tarde, además del fuego, nos ha convocado también el llamado de la sabiduría, el llamado de la historia que no se disgusta sino se alegra con el servicio paterno y no filial de la poesía, el mito, la leyenda fundacional, el insondable y peregrino misterio del don de la vida.

Por todo ello agradezco de nuevo la generosidad de ustedes que ha sido también oportunidad para volver a pensar en mi llamado y seguimiento a ser historiador que se ha integrado sin desarmonía al llamado al sacerdocio. A poco más de cincuenta años que envié mi primera colaboración histórica que se publicó en el *Suplemento* a la primera edición del *Diccionario Porrúa de Historia, Geografía y Biografía de México*, creo poder definirme como "servidor de la Luz", como "lazarillo de tantas cegueras".

¡Enhorabuena! y muchas gracias.

San Felipe Aztatán, Nayarit, 1 de mayo de 2015.

Manuel Olimón Nolasco.
Academia Mexicana de la Historia.

